

Y por contraposición y contradicción á estas ideas aparecieron también escritores notables y elocuentes y hasta filósofos, aunque algo pedestres y chocarreros á menudo, como Varcacel, el Filósofo rancio y el padre Ceballos. Siguiendo en parte las ideas nuevas, ya tratando de conciliarlas con el catolicismo, ya mitigando ó velando su oposición al catolicismo, aparecieron también escritores impregnados de un nuevo espíritu. No solamente en Madrid, sino en dos antiguas ciudades universitarias, donde vivía aunque dormida cierta afición á las letras, en Sevilla y en Salamanca, renació dicha afición y con ella renacieron ó se crearon sendas escuelas, las cuales, por ser el estudio de las ciencias mas difícil y por ser el de la filosofía difícil también y expuesto además, casi se limitaron á la bella literatura y sobre todo á la poesía; pero, como la poesía por vana, ligera y atenida á la forma que se la suponga, no es posible que esté absolutamente vacía de sentido y que carezca de fondo y de pensamiento, las ideas nuevas hubieron de penetrar en ella, animándola y hermoseándola, con lo cual empezaron á difundirse y á hacerse populares.

Independientemente de toda acción benéfica ó corruptora que á estas ideas quiera atribuirse, es claro que, desde entonces se dividieron por ellas cuantos en España pensaban y tenían alguna instrucción en dos bandos ó partidos opuestos: el de los que abogaban y defendían con intransigencia y exclusivismo nuestra civilización castiza y propia, con sus instituciones y creencias hasta en sus mayores abusos, exageraciones y extravíos, y el de los que andaban prendados y enamorados de las novedades peregrinas y con ansia de difundirlas y hasta de realizarlas entre nosotros.

Claro está que entre estos dos pareceres extremos ponían términos medios muchos espíritus conciliadores, creando así, al menos en germen, los partidos medios, si bien sin pasar aun de la teoría á la práctica y del terreno de la pura especulación al de la acción, en política sobre todo.

Dichas teorías, no obstante, empezaron desde luego á dejarse sentir en la práctica, como conato y aspiración, y penetraron y animaron no pocas leyes civiles y administrativas. Entonces, á fin de defenderse contra la nota de extranjerismo, el nuevo espíritu revolucionario trató de hallar antecedentes y autoridad en nuestro pensar antiguo, manifestado en instituciones, en leyes y en literatura.

En favor de la libertad, buscó fundamento histórico español, estudiando y encomiando las antiguas cortes de Aragón y de Castilla, los fueros y cartas pueblas de los siglos medios y hasta los concilios toledanos: en contra de la preponderancia de la Iglesia apeló á las regalías de la corona; y en favor de la igualdad y de la democracia, al espíritu democrático de nuestros antiguos teólogos políticos, frailes los mas. Era cosa naturalísima que el amor propio patriótico, con razón ó sin ella, al aceptar novedades venidas de país extranjero, quisiera hallar en el propio país algo de ellas aunque fuese en embrión ó en simiente, olvidada y como sepultada bajo el peso de recientes abusos y tiranías.

Con la injusta invasión y ocupación por las armas francesas del territorio español y con la noble y enérgica guerra de la independencia que al invasor se hizo, este espíritu que trataba de conciliar el antiguo patriotismo español con las nuevas ideas desplegó alas poderosas y dió brillantísima muestra de sí, singularmente en un poeta, don Manuel José Quintana, el mas entusiasta é inspirado lírico que, salvo fray Luis de León, hasta entonces habíamos tenido. Tanto sus poesías líricas como su teatro, sus Vidas de españoles célebres y sus demás obras en prosa, son el espejo clarísimo donde se retrata el pensamiento nacional de entonces, en su faz patriótica y castiza á par que innovadora.

Todos los que en España discurren ó sabían algo, durante la guerra de la independencia, ó bien siguieron esta bella y noble propensión de Quintana; ó bien, encendidos en amor patrio, rechazaron toda novedad, por extranjera, peligrosa ó nociva; ó bien, por último, y esto fué lo mas triste, encantados acaso de la novedad extranjera ó mas bien inducidos á ello por la flaqueza del carácter propio, sirviendo de pretexto y de excusa á su pecado el amor de la ilustración y de las mejoras y adelantamientos, fueron infieles á su patria y se

pusieron del lado del Rey intruso y de los injustos y crueles invasores, quienes humillaban y herían á la nación de que ellos formaban parte y contra quienes briosos y heroicamente la nación se resistía.

Vencido Napoleon por las potencias de Europa coligadas contra él y vuelto á España Fernando VII, toda la libertad que la nación, en el pleno goce de su soberanía, miseramente abandonada por su monarca, se habia dado, á par que combatía por restaurarle en su trono, mientras que él adulaba plácidamente al César, que de dicho trono le habia despojado, toda esta libertad, decimos, fué suprimida por Fernando VII apenas volvió á España.

Enemigos nosotros de infundadas declamaciones, no echaremos la culpa de esto tan solo á Fernando VII. Es mas: por hábil y artero y por enérgico que se suponga á un Rey ó á un tirano, no es fácil explicar que despoje con tanta facilidad á una nación de la libertad que ella se ha dado, cuando esta libertad es apetecida y entendida y apreciada y amada verdaderamente por el pueblo, y no ha sido creación hasta cierto punto artificial y prematura de una corta minoría de hombres, ilustrados sin duda, y llenos de buena fe, pero animados de pensamientos y sentimientos exóticos que la gran mayoría no comparte sino que repugna. Fernando VII, pues, al declararse absoluto y al echar abajo la Constitución de 1812, siguió su propia inclinación y gusto, pero siguió también el gusto y la inclinación de la mayoría de sus súbditos y vasallos. Siendo entonces absoluto, fué, en nuestro sentir, mas partidario de la democracia, y, digámoslo así, del sufragio universal, que siendo liberal. Los liberales eran entonces y siguieron siendo hasta mucho tiempo despues solo lo mas ilustrado de la clase media, y parte del ejército, merced á sus jefes y oficiales por lo que de la clase media tenían.

Con toda evidencia se vió esto en el intermedio constitucional del 20 al 23 y en el restablecimiento del poder absoluto con el auxilio de Luis XVIII y del ejército de Angulema, cuando los soldados franceses, tan odiados en tiempo de Napoleon I, eran recibidos en palmas por el pueblo, quien llegó á gritar en muchas partes «muera la nación y vivan las cadenas:» y despues cuando la opinión anti-liberal, como ya se ha visto y queda consignado en esta historia, fué tan pujante, que llegó á formar un partido que se calificó de apostólico, el cual se levantó en armas contra su propio Rey ó al menos contra su gobierno, tildándole de poco reaccionario.

No es justo, pues, culpar solo á Fernando VII de las persecuciones, de los sangrientos castigos y de la represión violenta y de la compresión intelectual que hubo durante todo su reinado. No era un tirano quien imperaba, era un partido numeroso, el cual, apoyándose en el Rey y no dándose con frecuencia por satisfecho, pistoteaba y ahogaba al partido que habia caído debajo. La misma institución altamente democrática de los voluntarios realistas, de la plebe armada, y los frecuentes hechos de frailes capitaneando y fanatizando á las turbas, imprimían al régimen de entonces el sello de una demagogía político-religiosa.

De todos modos, no fué el reinado de Fernando VII el mas á propósito para que en él floreciesen las ciencias, las letras y las artes. Claro está que algo debía haber en torno del trono, por poco culto y aficionado á la cultura que fuese quien le ocupaba, de escritores y de artistas que viviesen de su favor y amparo. Por otra parte las ideas son, por naturaleza, de condición tan sutil que siempre, por muy cerradas que hallen las puertas, aciertan á filtrarse por los mas pequeños resquicios, y dotadas asimismo de singular ligereza, se difunden con rapidez. No fué aquella época propia para los estudios ni despertadora de las aficiones é inspiraciones literarias; pero ya sea porque duró poco, ya porque es muy difícil apartar espiritualmente á un pueblo del movimiento europeo, cuando la tierra que ocupa está materialmente unida al continente de Europa, ello es que al ingenio español, si bien cayó en una especie de marasmo, no le sobrevino la muerte. En general venimos á parar á un estado que casi rayaba en la barbarie, lo cual se notaba hasta en la vida material, en la pobreza y miseria con que casi todos vivían, salvo pocas familias.

Pocos años antes de morir Fernando VII, y sobre todo desde

su casamiento con su cuarta y última mujer, María Cristina, un régimen de gobierno, mas suave y tolerante, reanimó al espíritu español aletargado y comprimido. Sucesivamente despues vinieron ocurriendo sucesos y allegándose elementos para que este espíritu, al menos en aquellas cosas que piden mas espontaneidad que reflexión, mas entusiasmo que juicio, mas brio que calma y reposo, y mas intuición que prolijos y largos estudios, se manifestase de nuevo.

La propia vida interior del espíritu de España, fomentada por la libertad, fué la causa principal de este florecimiento; pero contribuyó también no poco el aluvión de ideas traídas de país extranjero por la facilidad de comunicaciones, cada dia mayor, y la vuelta de muchos emigrados, hombres que, al salir de España, eran ya de los que mas sabían y valían entre sus compatriotas, y que volvieron con acrecentado caudal de conocimientos, adquiridos en la emigración.

Muchos de estos hombres, aun estando emigrados, habian contribuido mas ó menos modestamente, desde la tierra extranjera, á la gloria de España y á su cultura, empleándose en trabajos literarios ó científicos y publicando libros, algunos de no corto mérito.

En dos clases principales podemos dividir á los emigrados: los que lo habian estado por haber seguido durante la guerra de la independencia al Rey intruso, Bonaparte, y los que lo habian estado por liberales. Los primeros volvieron antes á España y mas tarde los otros. Algunos no volvieron á pisar el suelo patrio y murieron en la emigración.

En el grupo de los afrancesados habia habido hombres de notable mérito, tal vez de mas doctrina y estudios que los liberales; pero, por lo comun, con menos aliento, inspiración y entusiasmo. Uno de los mas gloriosos, que murió antes de volver á la patria, habia sido don Leandro Fernandez de Moratin, hijo de un poeta ilustre, épico, lírico y dramático, y, ya que no mas espontáneo y brioso que su padre, mas afinado casi siempre, mas correcto y elegante y mas crítico y juicioso en el cultivo de los tres géneros de poesía. Aunque Moratin hijo se dejaba arrastrar demasiado en no pocas cosas del gusto francés, su propio buen gusto y su recto criterio hubieron de persuadirle de que nadie puede descollar en un país como literato y poeta sin tener mucho de propio y de castizo, así en el fondo como en la forma. De aquí que Moratin estudiase con erudita diligencia y con verdadero amor el origen y desarrollo histórico de nuestro teatro, y de aquí también que su estilo y lenguaje, tanto en sus obras líricas como en las dramáticas, fuesen un dechado de elegancia y de pureza.

Conociendo sin duda Moratin que la imitación de los modelos franceses de nada podia valerle para la dicción poética y para la métrica, estudió é imitó en esto á los poetas italianos, sin descuidar ni desdeñar la forma castiza del romance octosílabo. Prueba de esta imitación italiana, muy dichosa por cierto, nos dan sobre todo su sátira de Don Hermeguncio, y varias de sus epístolas, en versos de once sílabas sin consonantes, los mas bellos y sonoros que jamás se han escrito en castellano.

Su teatro es también un acabadísimo modelo de corrección, de elegancia y de gracia en el decir, llegando esta gracia al mas alto punto de ingenioso aticismo en aquella obra suya donde la pasión de secta del crítico enardece y sostiene la inspiración del poeta. Ya se entiende que hablamos de *El Café ó la comedia nueva*.

Tanto en esta obra como en las demás de su teatro, respaldan las prendas de que hemos hablado; el talento y el tino del autor han sabido crear caracteres sostenidos, naturales y simpáticos, desenvolverlos agradablemente en una acción verosímil y hasta cierto punto interesante, y pintar con chiste lo ridículo, y á veces con cierta ternura lo patético; pero no se puede negar que en Moratin se ven mas la reflexión y el estudio que la fecundidad espontánea é inspirada.

Es curioso de notar que los afrancesados, que volvieron á España de la emigración, acaso porque volvieron antes, volvieron sobre poco mas ó menos con las mismas ideas que se habian ido; no trajeron ciertas novedades científicas y literarias que caracterizaron despues en España el periodo que lla-

maremos del romanticismo; novedades que fueron traídas por los liberales emigrados.

Los afrancesados, gente por lo comun mas fría, y presumiendo, ya que no siendo mas sensata y culta, no se entregaron á ningun extravío ni se dejaron llevar á ningun extremo. En el fondo del alma, hasta donde por las apariencias es lícito penetrar allí, siguieron sensualistas y algo descreídos á la moda del siglo XVIII; pero, como hombres circunspectos y de gobierno, encubrieron su escasa piedad con gran respeto oficial á la religion del Estado, y aun aquellos que eran sacerdotes se mostraron acompasadamente católicos, guardando un término medio muy razonable entre el regalismo y el ultramontanismo. En política fueron partidarios del optimismo ilustrado ó de una pequeña dosis de libertad; en administración, muy inclinados á reformas hasta ser revolucionarios en esto; y en literatura casi siempre clásicos, segun lo que entonces por la palabra clásico se entendía.

Con estas prendas es indudable que los afrancesados concurren bastante á la obra del nuevo florecimiento intelectual poniendo en ella sus luces, esfuerzos y trabajos.

Hermosilla tradujo á Homero con amor y cuidado, con bastante fidelidad y con el completo conocimiento del texto, como buen helenista que era. Mucho se ha hablado y con poquísima justicia contra esta traducción, cuyos censores por lo comun bien se puede afirmar que no la han leído ó que no serian capaces de entenderla aunque la leyesen. La traducción, á mas del mérito de la fidelidad, encierra trozos muy bien versificados, aunque en verso libre, que no sabemos por qué no gustan en España. Y, como quiera que sea, no es inferior esta traducción á las hechas en otras lenguas modernas de Europa, salvo quizá la de Voss, alemana, y la de Monti, en italiano, y desde luego puede afirmarse resueltamente que jamás, hasta la publicación de la *Iliada* de Hermosilla, se habia hecho en español y en verso traducción alguna de poeta clásico griego ó latino, que no fuese inferior por todos estilos.

Otro afrancesado, á quien hemos visto ya figurar en primera fila de la política, desempeñó también muy importante papel como literato. Por no ser prolijos no haremos aquí el recuento de todas las obras que cada autor que citemos ha escrito, y solo mentaremos aquellas que han tenido mas fama y que han coadyuvado al florecimiento general. Así es que de este autor á que aludimos, y que es don Francisco Javier de Burgos, solo citaremos la traducción en verso de Horacio, la cual, para la generalidad de los que en España entienden y hablan de letras, ha sido y es tenida en mucha mayor estimación que la traducción de la *Iliada* de Hermosilla; pero de la cual no nos atrevemos nosotros á hacer tanto elogio, pues la hallamos muy desigual en mérito y atormentada á veces y oscura la dicción, sobre todo en las sátiras y en las epístolas. Esto no obsta, sin embargo, para que el trabajo de Burgos sea la primera buena traducción completa española de un poeta clásico latino y para que cada traducción suya de una composición separada pueda competir y aun vencer á las anteriores de la misma hechas en castellano. La traducción de Burgos además no desmerece cotejada con las traducciones en verso hechas en lenguas extranjeras y muy estimadas en su país, como son, por ejemplo, la de Gargallo en italiano, la de Francis en inglés, y en alemán la de Voss y la de Wieland.

Otro de este grupo de los afrancesados es el célebre don Félix José Reinoso, personaje que, como casi todos los que en España han cultivado las letras, tiene también su puesto y ha desempeñado papel importante en nuestra historia política, hasta el año 1841 en que le sobrevino la muerte.

Tanto este, como otros compañeros suyos, no fueron obligados á emigración forzosa y por falta de recursos no emigraron tampoco voluntariamente, quedándose en España, aunque olvidados, retirados y mas ó menos oscurecidos, y volviendo los mas á figurar y á brillar en los últimos años del reinado de Fernando VII y en los primeros de Isabel II.

Reinoso, por la corrección y elegancia merece ser colocado entre nuestros primeros poetas líricos y épicos de la escuela erudita. Ya, antes de terminar el siglo pasado, habia conclui-



do su poema, *La inocencia perdida*, digno sin duda del mayor encomio por su corrección, aunque frío á par que atildado. Sus poesías líricas son agradables por el mismo concepto. Las mejores de ellas, de asunto religioso; pero indudablemente, sin que neguemos nosotros la sinceridad y la fe íntima y el fervor religioso del poeta, creemos notar, ya que no frialdad, tibieza en sus afectos devotos, como de persona que ejerce sin duda la moral cristiana, que venera los dogmas católicos en que se funda, y los cree por obligación, hasta de estado, porque era sacerdote, sin meditar mucho en ellos ni sentirlos hondamente en el alma, que en filosofía apenas si tenía metafísica, como casi todos los que siguieron la filosofía francesa del siglo pasado, sino una psicología sensualista, á lo Condillac, puesta de acuerdo y conciliada con las creencias religiosas oficiales. Tanto en poesía como en prosa resplandecen, sin embargo, en Reinoso prendas nada comunes.

Difícil es generalizar sin exponerse al error ó sin que se hallen excepciones en vista de las cuales pueda calificarse la generalización de errónea. Menester es, no obstante, que generalicemos á menudo á fin de no ser prolijos y dar á conocer las mismas cosas en distintas ocasiones.—Nosotros tratamos aquí de dar cuenta del estado intelectual y del movimiento literario de España desde la muerte de Fernando VII hasta la mayor edad de su hija. En este movimiento intervienen dos clases de personas: las que vuelven de la emigración, salen del retiro ó surgen del olvido en que yacían, después de haber figurado y brillado en otras épocas, y las que aparecen de nuevo. La primera clase, los afrancesados sobre todo, se distinguen por la superior cultura, esto es, por un saber más intenso y más completo de las cosas que sabían, aunque supieran menos cosas, lo cual estaba deslucido por cierta falta de entusiasmo y de iniciativa. La segunda clase era en general, en los pocos eruditos con que contaba, poseedora de un saber más extenso, de un saber casi enciclopédico, según el gusto moderno, pero extremadamente superficial, perdiendo más en lo profundo y completo que lo que en extensión ganaba. Y esto, de los que sabían en la segunda clase. Pero, como la libertad de escribir y de imprimir y la actividad de la vida política hicieron que sin preparación alguna viniesen muchos al estadio de la prensa, fuerza es confesar que se empleó algo el oficio de escritor, lanzándose bastantes á serlo, no ya sin ciencia que enseñar, no ya sin humanidades, sino hasta sin los primeros rudimentos de gramática y de otras doctrinas elementales, propias de la primera enseñanza. El atrevimiento y la soberbia de los escritores nuevos se apoyaban en la misma doctrina literaria del romanticismo, por donde se vino casi á hacer gala del no saber, suponiendo que la erudición y la crítica cortan ó merman las alas del genio y que el estudio y el trabajo de nada valen para la creación de las obras maestras, las cuales casi siempre son debidas á una intuición milagrosa, á una inspiración inconsciente, á algo de inexplicable y espontáneo. Como se ve, si vale comparar esto á una nave, la nave necesitaba lastre para no irse á pique con tanta vela y con tanto viento de vanidad, y el Pegaso, para que no corriera desbocado y cayese en un precipicio de vulgaridad y de barbarie, había menester de corrección y de freno.

Estos maestros antiguos contribuyeron mucho á ponerse, y aun tuvieron la gloria de preparar, doctrinar y adornar de algún saber á la juventud más brillante, á las más egregias y levantadas figuras que en la nueva era literaria resplandecieron.

Reinoso, aunque hombre de mucho saber, no ya solo en letras sino también en teología, derecho canónico, civil y penal, disciplina eclesiástica y otras ciencias, y de actividad infatigable como lo demuestran las varias obras que escribió sobre dichos asuntos hasta los últimos años de su vida, importó poco, hasta como elemento moderador, en el nuevo movimiento.

Quien á la verdad alcanzó gloria imperecedera é hizo inmenso beneficio á las letras patrias, representando el mencionado papel, fué el compañero y amigo de Reinoso, don Alberto Lista, el gran preceptor de la juventud de entonces; el maestro, consejero y guía de los que más lustre han dado después

en las letras á su patria y de los que más alto han subido en nuestro Parnaso. Este es el mayor mérito de Lista; más no por eso sus propias obras dejan de ser estimables, ya que contienen cuanto puede dar de sí un entendimiento claro y un recto juicio, unidos al amor de la verdad y de la belleza, y auxiliados por no vulgar doctrina. Sus poesías son correctas siempre, impecables por su buen gusto, llenas de nobles ideas y de sentimientos elevados, y rayando á veces, ya que no confundiendo, por lo bien escritas y pensadas, con obras de verdadera inspiración. En sus lecciones de literatura se muestra Lista crítico agudo y juicioso; y, sin renegar de los preceptos y reglas que en su juventud había aprendido y que le habían servido de norma durante toda su vida, hace justicia franca á nuestra antigua literatura romántica y saluda y aplaude con simpático alborozo el advenimiento de la nueva, en cuanto tiene de acertado.

Don Juan María Maury es también otro de los autores que pasó en tierra extraña muchos años, que siguió escribiendo fuera, y que volvió á figurar y á brillar en este período. Uno de sus mayores servicios fué el de traducir y dar á conocer en francés no pocas poesías selectas de nuestros mejores autores. Fué el mismo muy estimable poeta lírico y épico, siendo un dechado perfectísimo y primoroso su romance *La timidez*; contando con octavas de insuperable belleza por la estructura y en ocasiones por los felices rasgos descriptivos en su poema *La agresión británica*; y dando, por último, en su *Esvero y Almedora*, ya que no una obra que pueda ser nunca popular, una muestra y repertorio completo de frases y giros, de metrificacón y de dicción poética, donde pugna por prestar á la poesía española cierta concisión harto difícil, á fin de libertarla ó absolverla de la acusación, no del todo injusta, de sobrado difusa y verbosa.

Don José Joaquín de Mora volvió á España después de haber peregrinado largo tiempo también, y prestó al nuevo movimiento el concurso de su erudición y de sus luces. Si su influjo se sintió menos fué porque lo que trajo de fuera era más inglés que francés y en un principio nos asimilábamos más y comprendíamos é imitábamos mejor en España las cosas de Francia que las de Inglaterra; pero no cabe duda en que los trabajos de Mora valieron para infundir en la savia de nuestro propio pensamiento las doctrinas escocesas, psicológicas y económicas. Sus leyendas españolas en verso, imitando las baladas inglesas, y la poesía narrativa romántica de otros países, y mezclando en ellas lo heroico con lo cómico y el estilo llano con el sublime, según la ocasión, además de ser de muy agradable lectura y dignas de estimación por no pocos conceptos, pudieron servir y tal vez sirvieron de modelo y de incentivo á otros poetas más dichosos y populares para escribir leyendas poéticas que fueron más aplaudidas y gustadas del público.

Otro de estos peregrinos, que volvieron á España y que al volver le trajeron un rico y fructífero presente, recogido y cultivado allí por ellos, fué el montañés don Telesforo de Trueba y Cosío, quien había escrito en la misma Inglaterra, en idioma inglés y con más que mediano aplauso, novelas históricas, siguiendo el estilo de las de Walter Scott y tomando asunto de casos de nuestra historia patria.

Trueba y Cosío también escribió ó tradujo ó hizo traducir en castellano algunas de estas novelas, las cortas, sobre todo, con lo cual introdujo entre nosotros la afición á este linaje de composiciones, en el que se han ejercitado después algunos autores con buen éxito y con tino.

Pero los emigrados que más trajeron á España y que más concurrieron al nuevo florecimiento fueron los que habían figurado y se habían comprometido en política del 20 al 23 ó los que posteriormente, durante los diez años de absolutismo, habían tenido que emigrar por haberse mezclado en conspiraciones ó para evitar persecuciones ó vejaciones infundadas. De estos casi todos volvieron menos violentos y exagerados en el liberalismo que antes tenían, circunspectos y amaestrados por el destierro y la desgracia, con las miras menos limitadas por un horizonte estrecho, y con la experiencia y doctrina que suelen adquirir hasta los hombres más ligeros y distraídos y menos estudiosos y observadores,

cuando viajan por otros países. Muchos de estos hombres hicieron, como ya se ha visto, al volver á su patria, muy brillante papel en la política. Ahora solo nos incumbe hablar de ellos como literatos.

Por su importancia política, toca ser nombrado el primero á Martínez de la Rosa. Si hemos de ser justos, tendremos que aceptar el ingrato papel de rebajar bastante el mérito que le concedían entonces como escritor en prosa y como poeta; pero, aunque nosotros le rebajemos, atendiendo solo á lo que son sus obras, siempre es grandísimo su valer por lo que importaron y significaron cuando se escribían y publicaban. Como poeta lírico Martínez de la Rosa es terso, correcto, elegante y atildadísimo; pero presume de sentimental, y decimos que presume, porque es más lo que finge que lo que siente, y llega en este punto de ficción (única, á nuestro ver, que no es lícita al poeta) hasta rayar en puerilidades y en ciertos embustes inocentes que excitan la sonrisa. Así, verbi-gracia, hallándose en Nápoles, dice en un romance que casi nada de cuanto allí encuentra y ve le atrae y llama notablemente la atención; pero encuentra el vino de Falerno y apura una botella á la salud de Horacio, lo cual es pueril y quizá falso, porque Martínez de la Rosa bebía poco ó ningún vino, porque preferiría cualquiera otro al de Falerno, y porque, dado caso que el de Falerno le gustase hasta el extremo de apurar una botella, no podía ser por la salud temporal de un hombre muerto 1800 años hacía, ni por su salud eterna, ya que Martínez de la Rosa, como buen cristiano que era, debía creer piadosamente que el lírico de Venusa está ardiendo en el infierno, por libertino y por pagano. En otra composición, también hecha en Nápoles, nos cuenta que bajó al cráter del Vesubio; y, ya en lo hondo, se puso á gritar ¡Granada! ¡Granada! lo cual no es natural que hiciera, y, si lo hizo, sin duda que los guios que iban con él debieron de tenerle por loco. De estas falsedades de convención, puestas en verso meramente porque parecen bonitas, está llena la lírica de Martínez de la Rosa. Hasta en la misma elegía á la muerte de la duquesa de Frias, que es una de sus más sentidas composiciones, hay idénticos rasgos de falso sentimiento. Aunque él estuviera triste y su tristeza se reflejase en los objetos que le rodeaban, todavía no nos parece serio el calificar de tristes las márgenes del Sena, sobre todo en París, y el suponer que allí no nacen flores, pues en invierno, lo mismo que en verano, y más en aquella época, cuando estaba aquí mucho más atrasada la horticultura y había poca agua, porque no había venido el Lozoya, se daban docientas mil veces más flores en París que en las orillas del Manzanares. A veces, al imitar á los poetas antiguos, reproduce Martínez de la Rosa una parte y se calla otra, por donde los versos resultan menos inmorales, y, si son impíos, dejan de ser impíos, pero se convierten en simples. Sirva de ejemplo cuando pide á Laura, como Catulo pide á Lesbia, que le dé cien mil besos. En la poesía española, esta petición apenas tiene fundamento y excusa, como no fuera que se hiciera en prosa y privadamente, mientras que en la poesía de Catulo, que empieza con la misma petición, hay al final ciertas sentencias que le dan belleza terrible y melancólica, ya que el poeta lamenta lo efímero y caduco de la juventud y de la vida y se muestra desesperado de otra vida mejor, creyendo solo en una noche perpetua que dormir más allá de la muerte.

En epigramas y versos ligeros muestra Martínez de la Rosa poca sal ática y sobrada inocencia. Así, por ejemplo, el cementerio de Momo ó los epitafios jocosos, de que le dieron idea otros que hay en diversos idiomas, sobre todo los de Lorezano, poeta véneto, que escribió en lengua toscana. Esto no obstante, hay en las poesías de Martínez de la Rosa cierto hechizo que las hace muy agradables y hasta que nos mueve á menudo á leerlas y á retraerlas á la memoria con singular simpatía. Consiste este hechizo en dos cualidades excelentes, pero que se corresponden por provenir del mismo origen; de un ánimo reposado y apacible de varón virtuoso, lleno de benignidad y sencillez de espíritu, amante en todo de la belleza, de la pulcritud, de la elegancia y de la cultura. Son estas dos cualidades la nitidez de la forma y la bondad moral del fondo, que resplandecen siempre en cuanto escribió, aunque á veces las deslustren las afectaciones de que ya hemos hablado.

Mayor elogio merece aun Martínez de la Rosa como crítico y preceptista. Buena es su traducción del *Arte poética* de Horacio, pero el arte original y propia suya vale mucho más para su fama, si se atiende sobre todo á las eruditas y juiciosas notas con que la acompaña é ilustra y donde se ve que el autor sentía y comprendía las bellezas, excelencias y primores de nuestro idioma y literatura, y que era apto para expresar y difundir aquel sentimiento y conocimiento. Cierta que su crítica no se funda en elevados principios filosóficos ni es tampoco atrevidamente innovadora; pero hay en ella un generoso espíritu de conciliación entre el severo gusto académico y ceñido á las reglas de los escritores franceses del tiempo de Luis XIV y el romanticismo castizo español de los siglos XVI y XVII, así como cierto prurito de transigir con el romanticismo moderno, refrenando un poco sus ímpetus y su extremada licencia.

En ocasiones, este término medio, que busca Martínez de la Rosa, cae en lo falso, pero siempre de buena fe.—Así, por ejemplo, en la unidad de tiempo de los dramas no quiere ser tan severo como algunos preceptistas, y concede, no recordamos bien cuántas horas y tal vez más de un día, sin que, á su ver, se falte á la unidad; con lo cual tiene menos razón que todos, porque, una de dos, ó se supone que la acción del drama ocurre en el lugar materialmente visible de la escena y en el tiempo real que el espectador vive, y entonces no debe durar la acción patente á los ojos materiales más de lo que tardan dichos ojos en ver su desenvolvimiento, ó bien se supone que la acción pasa en un tiempo y en un espacio ideales y que el escenario está en el fondo mismo del alma del espectador, y en este caso ni el espacio ni el tiempo tienen límites.

Martínez de la Rosa se empleó también en otro género de literatura, que ha tenido siempre y sigue teniendo vitalidad y originalidad en España, sin desaparecer nunca por completo, ni aun en las épocas en que el ingenio español ha estado más estéril y dormido. Siempre, hasta cuando la imitación de lo extranjero ha hecho que otras manifestaciones literarias pierdan su carácter propio y nacional, este carácter ha dado razón de sí en el teatro, pues que del teatro hablamos. De ello resulta que muchos escritores, que por los diversos asuntos sobre que han escrito pueden y deben llamarse polígrafos, y que por las circunstancias de la época en que vivieron ó por la limitada condición del propio ser de ellos, no pasan en sus demás escritos de una estimable medianía, como autores dramáticos se elevan á mérito muy superior y muestran prendas que los señalan y determinan con perfil más claro y distinto.

Sin vacilar, pues, puede afirmarse que de toda la obra literaria de Martínez de la Rosa, lo que vale más es su teatro. Sus comedias, aunque tenía que competir con el recuerdo reciente de Moratin, con Flores Arenas y Gorostiza, y con los productos frecuentes entonces de la abundante vena de Breton de los Herreros, no desmerecen de las obras de dichos autores, y están llenas de discreción y gracejo natural y urbano, siendo modelos de buen decir.

En otro género de composiciones dramáticas descolló mucho más Martínez de la Rosa y hasta se puede decir que no tuvo rival en su tiempo ni que antes de él hubo nadie tampoco que se le igualase. Hablamos de la tragedia al gusto clásico francés. En este género, y más aun si nos limitamos á las tragedias que tienen por asunto algo de la historia fabulosa ó real de griegos y romanos, nada hay que se iguale en español al *Edipo*, á no ser la *Virginia* de Tamayo, escrita muchos años después. Otras tragedias de Martínez de la Rosa, cuyo asunto está tomado de la historia de España, son inferiores al *Edipo*, más no por eso dejan de ser apreciables.

También quiso escribir y escribió Martínez de la Rosa dramas históricos, siguiendo el moderno gusto romántico, y en esto fué no menos dichoso y atinado que al escribir el *Edipo*, y logró ser inmensamente más popular por ir con la corriente de la moda y por complacer y halagar el sentir genuino de los españoles. Uno de estos dramas, *La conjuración de Venecia*, á más de su mérito intrínseco y permanente, que se funda, aunque el drama está escrito en prosa, en la pureza, elegancia y energía de la expresión, y en el vivo y terrible interés del enredo, tiene además inmenso valer en la historia de nues-